

Fuera de las normas clásicas que fija la métrica, con expresión a veces áspera y anti-musical, el enjundioso contenido de su canto ritma bien con la forma libertaria—en ocasiones prosa, simplemente—que da a sus poemas.

Sarah Bollo no ha roto los moldes del verso para decirnos que su concepción artística está sobre la de todos los mortales, y no se requiere cultura quintaesenciada para penetrar la belleza de su obra, profundamente humana.

Riqueza sorprendente de imágenes tienen los poemas de esta mujer admirable, pero no constituye la imagen el único fin de su obra, toda llena de nervio y de lacia textura, pues sabe que es sólo un recurso poético, y no el fin primordial del arte.

Entre lo mucho bello que tienen sus «Nocturnos del Fuego» (1), transcribimos aquí su «Balada de siempre y nunca»:

Te veo siempre a mi lado,  
llama, lirio sin muerte.  
Te veo siempre a mi lado;  
laurel de niebla,  
mi doliente canción nace en el río  
[ardiente de tu mirada.

Ya nunca podrás morir,  
raíz de sol hundida en el alma.  
Ya nunca podrás morir;  
cerrojo de oro, estás atado a mi vi-  
[da, la llave cayó en el mar.

Te veo siempre a mi lado,  
llama, lirio sin muerte.  
Ya nunca podrás morir,  
cerrojo de oro, la llave cayó en el  
[mar.

Laurel de niebla, mi doliente can.  
[ción.  
Y tú, raíz del sol, cruzando de abis-  
[mo a cumbre mi alma.

P. S.

LÍNEA DEL ALBA, POEMAS, por  
*Juvenal Ortiz Saralegui.*

¿Qué es poesía? Hoy, menos que ayer, podemos encontrar debida respuesta a esta ingrátida interrogación. Y, lo que es peor, no sólo cuesta definir cumplidamente lo que es poesía, sino que se va haciendo difícil, también, el sentirla. A cada volumen de versos, ante cada poeta desmesurado y caótico, se quedan, al fin y a la postre, tendidas, y vacías, las manos de nuestra perpleja sensibilidad. En balde acondicionamos, inversamente, pacientemente, nuestro paladar a estos nuevos manjares, deseosos de encontrar en ellos el confortante sabor de la miel himeta, o el délfico aroma del laurel... o siquiera el retostado olor al humo del llar sagrado. ¡Nada, nada, señor!

No encontramos nada. No encontramos, en estos endiablados banquetes estéticos, más que un hermético tiesto informe, que hierve a fuego apagado, y en el que se cuece, como en la marmita de la bruja de *Mácbeth*, una cosa sin nombre. Y esa cosa sin nombre, es nada menos que la actual poesía, el arte de vanguardia. Un arte invertebrado, sin raíces sabias, con truncos pétalos en vez de flores. Un arte de artificios.

(1) Palacio del Libro. Montevideo, 1931.

Bien. Cuando no encontramos en el fondo lo que nos proponíamos, buscamos alguna compensación por la superficie. Así, en esta Línea del Alba (1), en que inútilmente ha madrugado nuestro espíritu por coger el justo ángulo de comprensión, hemos de contentarnos con admirar los dispersos fragmentos de belleza, los esquivos átomos de luz, en que se deshace, en que se quiebra ante nuestros ojos desilusionados. Más que una línea, es una sucesión de ideas suspensivas; más que una alba inocente y generosa, es un roto coruscar de negaciones. Aunque no tanto. Porque, a pesar de los esfuerzos que hace el autor para que todo en el libro resulte inconexo, sonámbulo, aparecen por ahí, como decíamos, jalonados, dispersos fragmentos de belleza, que acaso inconscientemente, involuntariamente,—como el mar irascible esas hermosas piedrecillas de la playa,—pulió su ineluctable sensibilidad de poeta.

Tú no eres mía;  
pero es mía tu luz,  
frente del día.

Alojas la mañana de sol líquido  
en tus brazos, corrientes de alegría.

Las barcas de tus palabras vienen y  
[van.

Tú que tiendes distancias  
para que yo me aleje.

Esta luna limada de silencios,  
esta noche, sollozo de horizontes.

En mi casa  
las memorias abren todas las puertas.

(1) Biblioteca Alfa, Montevideo.

Hazme el surco más hondo  
con tu alma de espada.

Como se puede ver, lo mejor que hay en este poeta «deshumanizado», es precisamente lo humano, y dentro de lo humano, por supuesto, lo eterno femenino. Hay, además, sugerencia, y hasta cierto estremecimiento, en estas estrofas. Vamos a copiar íntegra una poesía, que creemos realiza toda la accidental modalidad del autor, y que para él es posiblemente la mejor. (Es la única del libro que está dedicada, y a una dama):

CANTO A LOS PÁJAROS DE TU  
PIEDAD

A María Teresa Zerpa Gravier.

Pájaros de tu piedad  
bajo la lluvia de mi soledad.  
Pájaros que me turban  
como la orilla al mar.

Los ojos se me caen  
como si fueran sombras recogidas.

Oh regreso celeste de estos pájaros,  
color de profundidad!

Pájaros de tus manos de mar,  
que vuelan como la oración  
y miran como el más allá.

Qué horizontes vamos a cruzar,  
qué ponientes a levantar,  
pájaros finos  
encendidos por el rumor del mar.

Yo voy tras de vosotros  
bajo la lluvia de mi soledad.

Sí; hay sugerencia, por lo menos, en este arte, y en este poeta. Aunque esta condición presupone también otra condición en el lector;